
Coordination /
António Simões do Paço
Raquel Varela
Sjaak van der Velden

Strikes and social conflicts

Towards a global history

Strikes and social conflicts.
Towards a global history

Strikes and social conflicts.
Towards a global history

Editors

António Simões do Paço
Raquel Varela
Sjaak van der Velden



International Association Strikes and Social Conflict

Title: Strikes and Social Conflicts.
Towards a global history

Cover: Stanisław Lentz, *Strajk* (1910) National Museum, Warsaw, Poland.

Coordination: António Simões do Paço, Raquel Varela, Sjaak van der Velden

Publisher: International Association Strikes and Social Conflict
Instituto de História Contemporânea da Faculdade de Ciências Sociais e Humanas
da Universidade Nova de Lisboa
ISBN: 978-972-96844-1-8

Lisbon, June 2012

CONTENTS

Introduction.....	7
Discurso do Professor Fernando Rosas na Abertura da Conferência Internacional Greves e Conflitos Sociais no Século XX.....	8
Discours d'ouverture du Professeur Serge Wolikow dans la Conférence Internationale Grèves et Conflits Sociaux dans le XXe Siècle	10
Letter from Anthony Arnove to the International Conference Strikes and Social Conflicts in the XX Century	13
1. Strikes and social conflicts.....	15
Setúbal republicana – quando as fábricas transbordavam de greves. Albérico Afonso Costa	16
Huelgas y conflictos universitarios en la descomposición del franquismo (1965-1977). Alberto Carrillo-Linares.....	25
Militantisme syndical et conflits sociaux féminins entre 1970 et 1985 dans le département de la Haute-Vienne en France. Amandine Tabutaud	34
As greves no Litoral Norte português no agitado Verão de 1958. Ana Sofia Ferreira	42
Movimientos de resistencia en Rumanía. Dos retratos de mujeres: Elisabeta Rizea y Herta Muller. Andra Breza	48
La huelga en España bajo el segundo franquismo: actitudes y estrategias patrnales. Ángeles González Fernández.....	59
Política e educação: as greves e conflitos de classe na Itália entre 1919-1920 a partir dos escritos de Gramsci. Anita Helena Schlesener	69
Crise e recuperação do sindicalismo brasileiro. Armando Boito e Paula Marcelino..	77
Conflitos sociais na base da eclosão das guerras coloniais. Dalila Cabrita Mateus.....	87
Asalto al franquismo. Las movilizaciones en el País Vasco en los estertores de la dictadura. Daniel Escribano y Pau Casanellas.....	94
From the Greatest Victories to the Biggest Defeat: The British Coalminers' National Strikes of 1972, 1974 and 1984–85. Dave Lyddon.....	102
A greve política de julho de 1962. Demian Bezerra de Melo.....	112
La lucha contra el cierre de la siderurgia de Sagunto (1983-84). Enrique González de Andrés	123
«Padres de la patria» contra «hijos del pueblo». Discursos y prácticas del régimen político argentino ante las huelgas y conflictos sociales en la Buenos Aires de 1909. Hugo Quinterno	138
Sindicalismo y política. La polémica comunista sobre la unidad sindical en la transición española. Javier Tébar Hurtado	152
As comunidades industriais no alvorecer do associativismo operário português. Joana Dias Pereira	162
O declínio das greves rurais e a evolução do PCP nos campos do Sul. João Madeira	171
Greves e conflitos sociais na Lisnave. Jorge Fontes.....	180
Vigo and Ferrol, 1972. Two strikes, one strategy. José G. Alén.....	187
Resonancia en Astúrias de la huelga de 1917. José Luis Campal Fernández	195
El sindicalismo libertario en Cataluña durante la transición (1975-1979).	

Introduction

Close contacts with colleagues and co-operation between fellow research institutes are of crucial importance to all studies. The study of strikes and social conflicts is no exception to this rule. This is the reason why we initiated a conference on this item to take place in Lisbon.

Despite the recent neglect of the subject in academia since the 1980's we hoped to revive and arouse the interest from students and professionals so long gone.

Using our networks built during earlier conferences we invited many researchers who had shown the requested interest. To our surprise many responded enthusiastically and the financial aid from a handful of scientific institutes made it possible to organise the conference.

From 16 March to 20 March 2011 hundreds of colleagues in the field of labour history met during 46 sessions in Lisbon. A few round table meetings and a common dinner completed the conference.

During the conference there was great support for the initiative to establish an association and start the publication of a journal. The association was actually established and will organise future conferences while the journal is also taking shape. The first issue of the journal will publish a few of the Lisbon papers, while others found their way to other journals.

We are convinced that it would be a shame to leave the conference papers only open to the participants and decided to publish these in an online book. We asked the authors to edit their paper and the results are in this book. Unfortunately there was no money to translate papers from English to Spanish/Portuguese and vice versa like we could do during the conference. But even then we are confident that this book may be a useful tool for ourselves and others who study the history of strikes and social conflicts.

We titled this book: *Strikes and social conflicts. Towards a global history* because in our opinion this stresses our goal for the conference. Labour history and the study of strikes and social conflicts are moving into a new phase where a global perspective is more than ever before needed to understand the subject. Society is going global and social movements are going global. Hence the study of these movements needs to go global too. We hope that we have contributed to this movement of study by the publication of this book.

We again want to thank the institutes that supported the conference: Instituto de História Contemporânea, International Institute of Social History, Maison des Sciences de l'Homme, Centre d'Estudis de l'Època Franquista i Democràtica, Arquivo Edgard Leuenroth, Friedrich Ebert Stiftung, Fundação para a Ciência e Tecnologia, Red de Archivos Históricos de Comisiones Obreras, FWO Scientific Research Network and Fundação Luso-Americana. This book, to end with, would not have been possible to publish without the support from Instituto de História Contemporânea da Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa.

António Simões do Paço, Raquel Varela and Sjaak van der Velden

Huelgas y conflictos universitarios en la descomposición del franquismo (1965-1977). Alberto Carrillo-Linares¹

La historia del franquismo está indisolublemente unida a la de la oposición al mismo. El estudiantil fue uno de los movimientos sociopolíticos más potentes, constantes y extendidos en la lucha contra la dictadura durante su última década. Un fugaz acercamiento a dicho fenómeno juvenil permite detectar la veloz evolución de una parte de la sociedad española desde mediados de los sesenta (clases sociales, hábitos y costumbres, consumo cultural, preocupaciones políticas, relaciones sociales, etc.). Al mismo tiempo se perciben mutaciones importantes en los agentes que participaron activamente de la tendencia (individuos, organizaciones, etc.), a la vez que se registran los flujos ideológicos, éticos y estéticos internacionales que, aunque con mayores filtros, llegaron a los ambientes juveniles y universitarios españoles.²

En el presente texto expondré un cuadro general de la evolución del movimiento estudiantil durante la dictadura franquista y seleccionaré una serie de huelgas y conflictos que son significativamente representativos de la fase por la que atravesaba. Como en cualquier clasificación de este tipo que se establezca, siempre es posible detectar casos que se escapan al modelo matriz, tanto cronológica como geográficamente. Así hubo distritos (como Barcelona o Madrid) que se adelantaron algunos años a lo que posteriormente sería la norma, como otros hubo que siempre se encontraron relegados (Murcia).

A grandes rasgos se podrían distinguir cuatro etapas desde el final de la guerra civil. Una primera, que apenas mencionaremos, se extendió desde 1939 hasta 1964 y podríamos definir como de aletargamiento. En ella lo normal fue la tranquilidad en los campus aunque se dieron erupciones estudiantiles puntuales, localizadas básicamente en Madrid (1956) y Barcelona (1957). El proceso subterráneo de crisis que se estaba produciendo en el Sindicato Español Universitario (SEU) explotó definitiva y oficialmente en 1965, después de que varios distritos se hubiesen separado poco antes de la órbita del sindicato estudiantil de origen fascista (los estatutos del SEU fueron aprobados el 21 de noviembre de 1937). En 1965 se certificaba la muerte del SEU cuando, de facto, ya lo habían matado los estudiantes varios años atrás gracias la presión sobre las autoridades y al vacío al sindicato. Se puede decir en rigor que muy pocos casos como este se dieron durante los casi cuarenta años de franquismo. Lentamente se avanzaba en la coordinación a nivel nacional.

La segunda fase (1965-1967) fue el despertar del letargo y supuso el enfrentamiento abierto de los universitarios contra el régimen, aunque planteado aún en términos de intereses sindicales, académicos o profesionales. Lo singular de esta etapa fue la salida a la superficie de un malestar, en gran medida, contenido que se extendió geográficamente. Valencia, Sevilla, Valladolid, Granada, Bilbao, Canarias, Santiago de Compostela, etc. se sumaban con cierto vigor al carro de las Universidades con estudiantes díscolos. La nueva situación conllevó el perfeccionamiento de una red de coordinación cada vez más amplia entre los distritos universitarios con el fin de lograr un sindicato autónomo, representativo y democrático. Eran los tiempos del Sindicato Democrático de Estudiantes (SD) y las Reuniones Coordinadoras y Preparatorias (RCP).

¹ Universidad de Sevilla.

² Algunas obras generales sobre el tema en Hernández Sandoica, E. *et al*, 2006; Valdelvira González, G. 2006.

La tercera etapa (1968-1972) se distingue por la aparición en la mayor parte de los distritos -y la intensificación en los pioneros- de una acusada atomización que a la vez que resta fuerza al movimiento como conjunto inyecta savia a las múltiples organizaciones noveles que inundan la Universidad en iluminada y encendida competencia. Los influjos internacionales se abren paso abruptamente entre los protagonistas dando lugar a un típico enfrentamiento generacional, de acusado carácter cultural.

La cuarta y última etapa (1973-1977) es una consecuencia lógica y previsible de lo que había ocurrido en la anterior: extrema y concentrada politización, un fenómeno frecuente en otros ámbitos, aunque raramente con la fuerza que tuvo en la Universidad. Fue entonces cuando los institutos de enseñanza secundaria se sumaron a la ola de conflictividad político-social convirtiéndose en valiosa cantera de los cada vez más activistas (organizados o no). La continuidad del movimiento parecía garantizada, pero el final de la dictadura y el cambio de paradigma cultural situó al movimiento estudiantil después de 1978 en un lugar relativamente alejado de la política.

Las expulsiones de varios influyentes catedráticos de la Universidad de Madrid por su apoyo sin ambages a la causa estudiantil durante los incidentes de febrero-marzo del 65 representaron el nuevo tiempo turbulento por el que se atravesaba.¹ Con la intención de minimizar las consecuencias estudiantiles de la depuración académica el gobierno publicó la orden el 21 de agosto, en plenas vacaciones estivales. Fue en vano porque la mecha ya estaba encendida y la solidaridad con los catedráticos traspasó incluso los hasta entonces férreos muros de las juntas de Facultad.

Desde la inauguración del curso 65-66 hicieron notar los escolares su descontento en algunos lugares, relacionado fundamentalmente con la democratización de las asociaciones estudiantiles. En Sevilla se manifestó ante el ministro de Educación, Manuel Lora Tamayo, encargado de leer el discurso de apertura y en Oviedo un grupo intervino con aplausos extemporáneos, ligeros golpes con los pies y silbidos casi inapreciables.² Las cuestiones políticas fueron penetrando muy lentamente en la percepción de los jóvenes que ahora veían de cerca los efectos represores de la dictadura.

Por otro lado, el contacto periódico entre estudiantes de todo el país requirió que se perfeccionara progresivamente el sistema heredado, pero también el establecido al calor de los sucesos de febrero del 65 en Madrid. En marzo y mayo se celebraron en Barcelona la I y II Reunión Coordinadora Nacional (RCN) de estudiantes, donde se sentó el objetivo final: celebración de un congreso nacional que sirviera de acto fundacional del Sindicato Democrático (SD) a escala estatal. Además, desde principios del curso 65-66 se editaba por la Secretaría nacional de coordinación el Boletín Nacional de Coordinación atendiendo así el frente informativo y propagandístico.³

Lo relevante de estas primeras reuniones, inspiradas por el Partido Comunista de España y de Cataluña PCE/PSUC, es que fueron la base sobre la que se regularon los futuros contactos y, de manera inmediata, fue en ese contexto en el que se generaron

¹ Y poco después les acompañaba el catedrático Manuel Sacristía Luzón, conocido comunista de la Universidad de Barcelona y otros.

² Dirección General de Seguridad, Comisaría General de Investigación Social (DGS-CGIS), *Boletín Informativo de actividades estudiantiles* (en adelante, *BIAE*), nº 6, 14-10-1965, pp. 2-3.

³ La Secretaría Nacional de Coordinación, en esos momentos, estaba formada por los distritos de Barcelona (*), Bilbao (*), Granada, Madrid (*), Oviedo, Salamanca, Santiago de Compostela, Sevilla (*), Valladolid, Valencia (*) y Zaragoza (*). Se señalan con un asterisco (*) los distritos cuyos representantes asesoraban de cara al Boletín.

dos documentos de enorme trascendencia: la Declaración de principios y los Estatutos del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB), el primero que se formalizó formalmente el 9 de marzo de 1966. La represión sobre el congreso constituyente que estaba teniendo lugar en el convento de los capuchinos –la caputxinada– activó una nueva ola de solidaridad, un valor en alza e identificable con facilidad durante aquella coyuntura política.¹ Asambleas, paros académicos, lanzamiento de propaganda, mítines, reuniones y más reuniones fueron la tónica en algunos centros docentes (Valencia, Madrid, Oviedo, Bilbao, Navarra, etc.). Incluso la Comisión Diocesana de las Juventudes de Estudiantes Católicos (JEC) difundió dos escritos denunciando los sucesos.² Paradójicamente un significativo número de afiliados a la JEC comenzaron a implicarse en la movilización política a partir de estos momentos, nutriendo los futuros partidos, generalmente de extrema izquierda como PCE(I)/PTE, aunque no exclusivamente. Felipe González Márquez, por ejemplo, siendo estudiante en la Universidad de Sevilla, estuvo vinculado a la JEC, como algunos de sus allegados (Carmen Romero, Rafael Escuredo, etc.). Su evolución les llevó a posiciones moderadas propias del Partido Socialista Obrero Español (PSOE).

Las RCN –que sumaron en torno a una decena en menos de dos años– dieron paso a un modelo más sofisticado pero que mantenía el espíritu de la iniciativa, estrechando un poco más el cerco de los objetivos. Fueron las Reuniones Coordinadoras y Preparatorias (RCP) del congreso nacional de estudiantes y en ellas se crearon organismos permanentes, se vertebró la actuación geográficamente, etc. Hubo hasta seis RCP, la primera tuvo lugar en Valencia (enero de 1967) y en ésta se firmó el pacto de solidaridad entre los representantes, un paso importante en el intento por coordinar la acción.³ La intervención policial con detención de delegados estudiantiles no podía más que encrespar los nervios e insuflar los ánimos de sus compañeros. En este sentido, la circulación por España de una Carta contra la represión y la convocatoria a nivel nacional de una «huelga antirrepresión», para el 7 de febrero de 1967, reflejaba bien la decisión estudiantil de hacer frente a las injusticias. El llamamiento solidario tuvo un importante impacto en los diversos distritos donde se desarrollaron huelgas intermitentes. Era la primera vez que algo así ocurría.⁴ Paralelamente empezaban a elevarse protestas por cuestiones puramente profesionales (Escuelas de Comercio, Ingenieros Industriales, etc.).

La última RCP, la sexta, se celebró en Sevilla (febrero 1968) y puso de manifiesto lo rápido que había pasado el tiempo hundiéndose en meses lo que se había ido levantando en años. Las causas de este precipitado fin fueron múltiples, tanto internas como exógenas. Entre las primeras, las declaradas y cada vez más tensas relaciones entre la vanguardia estudiantil que bascula hacia horizontes políticos divergentes, pero también la evidente distancia registrada entre esta vanguardia y la base. Además, la fuerte represión académica, gubernamental y policial, fue asfixiando un proyecto que había nacido con intenciones básicamente sindicales.⁵

¹ La solidaridad fue una actitud proyectada también hacia los que se consideraban pueblos oprimidos (Vietnam, Laos, Camboya, etc.). En ocasiones adoptaba una retórica marcadamente anticolonialista.

² DGS-CGIS, *Boletín informativo*, nº 12, 17-3-1966, p. 46.

³ En realidad no era más que una ratificación de los acuerdos de la I y II RCN.

⁴ Los actos de protesta se dieron tanto antes como después de la fecha indicada. Sobre todo ello, cfr. Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), *Movimiento estudiantil*, caja 124, carp. 76, fol. 3; *BIAE*, nº 19, 10-II-1967, pp. 4-13.

⁵ Sobre la VI RCP, cfr. Carrillo-Linares, A. 2008 y Carrillo-Linares, A. 2003.

En la VI RCP todo estalló por lo aires. La inasistencia de Valencia y Madrid (dominadas por opciones a la izquierda del PCE, máximo valedor del SD) fue un serio aviso de que el sindicato se estaba descomponiendo. Pese a todo, la intervención policial y las consiguientes detenciones de algunos delegados asistentes a la reunión, provocaron una respuesta en forma de condena en prácticamente todas las universidades; una movilización, la registrada en las semanas posteriores, no vivida en España desde la II República. Así, los meses que mediaron entre enero y junio de 1968 vivieron un proceso de radicalización influido en primer lugar por la desaparición del SD, cuyo hueco intentó ser llenado por un universo liliputiense de organizaciones de extrema izquierda con discursos y métodos de acción muy radicalizados. En segundo lugar, unido a este clima, el mayo francés y el ambiente cultural internacional prendieron en jóvenes ansiosos por conocer y proclives al consumo de cultura pop. Pero antes de los acontecimientos franceses, los estudiantes españoles más inquietos ya conocían las principales líneas políticas soterradas que dominaron en París (situacionismo, trotskismo, maoísmo, marxismo-leninismo, anarquismo, etc.) y el movimiento estudiantil era centro de atención preferencial en algunos medios informativos internacionales.¹

Lo sucedido en el curso 67-68 marcó definitivamente otro punto de inflexión dibujándose un panorama en la Universidad inconcebible sólo tres años atrás: los campus se transformaron en verdaderos campos de batalla entre las fuerzas del orden y los estudiantes, donde lo político pasaba a ocupar un lugar vertebral, aunque seguía siendo un tema asumido públicamente sólo por la vanguardia, pero en franca expansión; la base incorporaba el número en las cada vez más frecuentes manifestaciones y actos de protesta estudiantiles (encierros, sentadas, concentraciones, asambleas, etc.). Pero la lucha ahora no era sólo contra las autoridades, sino entre las diversas organizaciones y estudiantes situadas en la izquierda ideológica que se disputaban el mercado, con el añadido de que casi simultáneamente se reanimaron, cuando no salieron directamente de las cloacas del estado sus adversarias de extrema derecha. Fue ésta precisamente una marca definitoria de la etapa, la proliferación hasta límites desconocidos, en todas las universidades, de siglas políticas, convirtiendo los centros docentes en los espacios más activamente antifranquistas. La existencia se identificaba con la disponibilidad de un referente orgánico, de unas siglas, de ahí que surgieran por doquier.

La respuesta gubernamental a todo ello desde 1968 fue reflejo de la nueva fase en la que se encontraba el movimiento estudiantil: cierre de centros conflictivos cada vez en más universidades, creación de la Policía de Orden Universitario (enero del 68), del Juzgado Especial para delitos cometidos en centros de enseñanza –dependiente del Tribunal de Orden Público (TOP)–, constitución de Juntas de Orden Público provinciales (julio), o la puesta en marcha de un servicio de inteligencia pensado para el control de las universidades (el Servicio Especial, origen del actual CNI, septiembre de 1968), incremento sustancial de los expedientes académicos y expulsiones de estudiantes, etc.

El inicio del curso 68-69 fue explosivo en sentido metafórico, en varios distritos.² Los conflictos más novedosos se dieron en Valencia y Sevilla, donde de manera casi

¹ Véase, por ejemplo, el caso de *La Nazione* italiana (editada en Florencia) entre principios de 1965 y mayo de 1968, donde aparecen decenas de noticias sobre las protestas de los universitarios españoles.

² Subrayo lo de metafórico porque en esos momentos el fuego se empleaba recurrentemente de modo real por los contestatarios. En Madrid el grupo ACRACIA había actuado desde los primeros meses del 68 y hubo varios amagos para quemar algunos centros al considerar que la Universidad era «burguesa» y servía a los intereses de esta clase social. Algo parecido estaba ocurriendo en las Universidades de todo el

mimética, un grupo de estudiantes procuraron boicotear el acto oficial, con gritos y lanzamiento de ampollas pestíferas y tomates contra las autoridades. Lo cierto es que, probablemente, la estrategia había sido diseñada o al menos depurada sólo unos días antes en la capital levantina, en una reunión de representantes estudiantiles de Barcelona, Granada, La Laguna, Madrid, Málaga, Sevilla, Valladolid, Zaragoza y Valencia.¹ Era la primera vez que se titulaba a éstas Reuniones General de Universidades (RGU), un nombre que se recuperará a partir de 1972.

La declaración del estado de excepción el 24 de enero de 1969 resulta inexplicable sin atender a la presión que desde los centros superiores de enseñanza se estaba realizando, aunque ello no fue óbice para que el zarpazo policial-gubernamental se extendiera al dinámico movimiento obrero; en este caso era una excusa como otra cualquiera en un estado carente de garantías de los derechos fundamentales. El detonante de la declaración extraordinaria -sobre la situación excepcional que suponía el mismo régimen en sí- fue el asalto el día 17 de enero del rectorado de la Universidad de Barcelona, acción en la que se llegó a derribar un busto de Franco y a quemar una insignia nacional-monárquica. El preámbulo del decreto-ley era elocuente: «Acciones minoritarias, pero sistemáticamente dirigidas a turbar la paz de España y su orden público, han venido produciéndose en los últimos meses, claramente en relación con una estrategia internacional que ha llegado a numerosos países».²

A medio camino entre lo puramente académico y lo político –como más gustaba a los dirigentes estudiantiles– surgieron conflictos de gran repercusión, como la Ley General de Educación (1970) que venía a sustituir a la obsoleta Ley de Ordenación Universitaria de 1943. Como era de esperar, los conflictos, con paros académicos incluidos, en torno a la discusión y aprobación de dicha LGE fueron intensos, pero también prolongados en el tiempo pues los estudiantes, con habilidad, engarzaron las cuestiones concretas que allí se planteaban con marcos de diagnóstico más amplios. La siempre delicada cuestión del acceso a la Universidad (pruebas de selectividad) fue un motivo de preocupación que se alargó durante años, enturbiando aún más la delicada situación universitaria participando del debate amplísimos sectores sociales. La aprobación de la ley de selectividad en 1974 provocó una situación extraordinariamente incómoda para el gobierno y, ahora, el régimen.

Hubo otros conflictos y huelgas importantes durante esta fase cada vez, como indicamos, con más marcado carácter político, un discurso que perneaba a un mayor porcentaje de estudiantes, aunque en la floración orgánica sólo una minoría militara. El Proceso de Burgos, a dieciséis miembros de Euskadi Ta Askatasuna (ETA), en diciembre de 1970 puso una vez más a prueba la resistencia del régimen porque se convirtió en un leit motiv movilizador de gran impacto que prendió tanto en las Universidades como socialmente. Ahora ya no se trataba de objetivos académico-profesionales los que ponían en pie de guerra a los estudiantes, sino que era un asunto de naturaleza exclusivamente política con ramificaciones hacia los derechos humanos (se pedía pena de muerte). Fue un caso excelente, por la sensibilidad generada, para avanzar hacia planteamientos abiertamente políticos. El 14 de diciembre se decretaba un nuevo estado de excepción nacional, que no consiguió frenar la disidencia activa, cuyas

mundo.

¹ Sobre el incidente y la RGU, pueden consultarse, entre otras, las siguientes fuentes: *Gaceta Universitaria*: «De aperitivo, tomates», nº 111, 1-11-1968, p. 9; *El Correo de Andalucía*, 15-19-1968, p. 13; AHPCE, *Movimiento estudiantil*, caja 6, carp. 25; *BIAE*, nº 3, 16-10-1968, pp. 1-7. Rodríguez Tejada, S. 2009, t. II, pp. 186-193.

² Decreto-ley 1/69, de 24 de enero (BOE del 25 de enero).

acciones se reprodujeron en ciudades como Granada, Valencia, Madrid o Barcelona. Para Mundo Obrero, que concretaba actos de protesta en Madrid, Barcelona, Tarrasa, Sabadell, Sevilla, Vizcaya, Guipúzcoa, Coruña, Ferrol, Valencia y Zaragoza, se trataba de «la acción más importante contra la dictadura realizada hasta ahora».¹

En definitiva en esta etapa el miedo empieza a ser superado lo que permite el empleo de métodos de acción mucho más virulentos, frontales y arriesgados, pero por todo ello mucho más impactantes socialmente, lo que a su vez hace que los medios de información no puedan hacerle el vacío a las noticias. Así, nos encontramos desde enfrentamientos personales a cara descubierta entre estudiantes y profesores, juicios críticos o populares, amplificación de las acciones de comandos que recurren a la violencia etc.²

La asunción del riesgo que conllevaba enfrentarse a la dictadura, aunque fuera en términos académicos que encubrían posiciones políticas, hizo posible el recurso a repertorios nada habituales en los medios estudiantiles, como la huelga de exámenes en 1972 (Valencia y Madrid). El proceso 1001, a diez dirigentes y militantes del sindicato de Comisiones Obreras (CCOO) (1973) (entre los que se encontraba Marcelino Camacho) dejó en evidencia que se había entrado en una nueva fase, donde la causa contra los obreros aglutinó parte de las protestas hasta 1976: la tarea de agitación, con enormes resultados, en las Universidades para extender la conciencia del significado político del juicio permitió el acercamiento al que se consideraba el movimiento social mayor, el obrero.³ La fuerte aproximación, si acaso simbólica, entre ambos movimientos dibujaba un panorama contestatario de elevadísima intensidad que ya no se abandonó hasta después de la muerte del dictador. Eso es exactamente lo que ocurrió tras 1972, cuando la movilización universitaria se extendiera geográficamente, aumentando la intensidad de su discurso declaradamente político y obrerista así como la continuidad del mismo. Así, los primeros de mayo eran también causa de los estudiantes que participaron activamente en dicha conmemoración, a veces incluso con más determinación que los trabajadores. Ahora son miles de estudiantes -de centros de todas las Universidades- los implicados en la confrontación con el régimen político, contando además con el solaz y apoyo de docentes progresistas o insatisfechos. Los conflictos y las huelgas de la última fase estuvieron sellados por esta marca de origen.

Finalmente, entre 1972/73 y 1977 la Universidad española se asemejaba más a un territorio político que a uno académico. La política había pasado a ser un asunto cotidiano que no llamaba la atención de nadie. La policía siguió interviniendo en los centros docentes, pero con la seguridad de que se estaba ante un movimiento incontrolado que había, al menos, que evitar que saliera a las calles. Obviamente la visibilidad del movimiento, que ahora era más político que académico, formaba parte de

¹ *Mundo Obrero*, nº 18, 14-XI-1970, pp. 1-2; *Mundo Obrero*, nº 19, 27-XI-1970, p. 3

² Después de 1968 surgieron varias organizaciones que justificaban la violencia política con implantación en la Universidad. Las más conocidas fueron la Organización de Marxistas Leninistas de España (OMLE) (1968), que en 1975 se transformó en Partido Comunista de España (Reconstituido) [PCE (R)] y contó con su brazo armado, los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) o el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE (m-l)], con su adlátere de acción, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP) (1973). También se reactivó la FUDE, ahora bajo control de los *emeles*, como se conocía popularmente a los marxistas-leninistas.

³ Son muchos los ejemplos que se podrían poner para ilustrar esta afirmación. Quizás los casos más sonados fueron el *proceso 1001* y los sucesos de El Ferrol del Caudillo, donde murieron dos obreros por balas de la policía y hubo una veintena de heridos, en marzo del 72, un suceso que repercutió en las Universidades.

la estrategia de los participantes, por ello la calle fue destino preferente después de haber pasado por la Universidad (asambleas, encierros, concentraciones, etc.).

Sumido en una profunda crisis, el movimiento estudiantil unitario no pudo superar su descomposición y entre 1968 y 1972 vivió el proceso de atomización mencionado. Dicha circunstancia explica el desarrollo de nuevos métodos de acción, como los Comités de Curso, mucho más dinámicos y sin dirección política alguna, más allá de que respondiera a una filosofía general afín a la izquierda del partido comunista y ligada también con el antifranquismo no militante (se entiende, orgánicamente) o de organizaciones menores. El fraccionamiento provocaba menor fuerza general del movimiento pero incremento de la agitación, una circunstancia que no pasó desapercibida para la policía política que achacaba a esta razón el descenso de la actividad contestataria en la Universidad de Bilbao en el primer trimestre del curso 73-74. Decía:

«Sin embargo, el punto más débil que presenta la acción subversiva dentro de la Universidad, es el fraccionamiento de los partidos políticos y la hostilidad mutua de los mismos. (...) La ineficacia de la acción subversiva durante los primeros tres meses de curso se debe a las divergencias existentes entre la LCR-ETA VI Asamblea y el MCE [Movimiento Comunista de España], que ha dado lugar a la disolución de las llamadas “Comisiones de Estudiantes” y de la “Coordinadora” de las mismas, que en el curso pasado canalizaron toda la agitación estudiantil».¹

Entre los conflictos más destacados de estos momentos aludiré a algunos que podrían ser ilustrativos de la dimensión y las características del movimiento estudiantil antifranquista en los estertores del régimen. Como decíamos el fenómeno se extendió a la práctica totalidad de las Universidades. En algunas menores (siempre con menos posibilidades para la subversión) se notaron hechos similares a los que ocurrían o habían ocurrido en las mayores. Lo extraordinario había pasado a ser algo habitual. Así, cuando por ejemplo, en La Laguna, el 12 de diciembre de 1973 un grupo de estudiantes asaltaron el rectorado, interviniera la policía -incluso con disparos reales-, los escolares les repudiaran lanzándoles sillones, ceniceros y todo lo que andaba a mano, y finalmente el rector cerrara la Universidad, estos hechos no extrañaban ya a nadie; aunque sí irritaban.

El 2 de marzo de 1974 se ejecutaba a garrote vil, por última vez en España, a Salvador Puich Antich, militante del Movimiento Ibérico de Liberación (MIL), de carácter libertario. La crónica de una muerte anunciada fue motivo de protestas estudiantiles, aunque en menor intensidad que las que había generado el Proceso de Burgos, por ejemplo. Mucha más repercusión, en términos de movilización, generó la ley de selectividad, que activó numerosos frentes simultáneamente (estudiantes universitarios y de bachillerato, profesores, parlamentarios, periodistas, colegios profesionales, familiares, etc.).

En el caso de la selectividad era lógica la reacción, pero es que a la altura de 1974-75 cualquier hecho podía provocar una respuesta descomunal. Como he escrito en otro lugar «Dado el nivel de politización y conciencia de lucha alcanzados en la Universidad, en realidad resultaba intrascendente el origen, naturaleza o dimensión del conflicto para que la solidaridad y la movilización masiva se activasen». De este modo se comprende fácilmente como el cierre de la Universidad de Valladolid y clausura del curso académico en febrero de 1975, como consecuencia de los disturbios ocurridos -que incluyeron el lanzamiento de huevos al rector, José Ramón del Sol Fernández- produjera muestras de solidaridad en todo el territorio académico español. O cómo la

¹ BIAE, nº 7, 28-1-1974, p. 2.

detención de varios militantes de una organización trotskista minúscula como era la Liga Comunista (LC) en Sevilla, también en ese mes, se transformó en una sucesión de asambleas multitudinarias (con varios miles de estudiantes), encierros y el la orden de cierre de la Universidad por parte de la Junta de Gobierno. La celebración del primer aniversario de la Revolución de los Claveles (25 de abril de 1975), fue ocasión propicia para desplegar los recursos políticos en el seno de la Universidad, donde los llamamientos a las Jornadas de lucha se repetían. Ahora, más que nunca, no era ya posible desligar lo personal de lo político y éste de lo académico. Incluso los Profesores No Numerados (PNN), los más activos en la oposición a la dictadura, se inventaron una nueva calificación en aquel año de 1975, los «aprobados generales políticos». El rector de la Complutense llegó a advertir ante los medios de comunicación que serían rescindidos los contratos de los profesores que secundaran dicha forma de aprobado.

En este clima de tensión espesa fueron transcurriendo los meses hasta que murió Franco en su cama. La muerte del viejo dictador no normalizó la situación en las Universidades sino que se intensificó tratando de influir en el curso de los acontecimientos en un contexto políticamente abierto. Durante los años 1976 y 1977 fueron incluso más frecuentes los choques entre estudiantes de diversa ideología. La no legalización de todos los partidos, los Pactos de la Moncloa, la aprobación de la Constitución, etc. fueron temas que afectaron directamente a los estudiantes. La transición en la Universidad estuvo marcada por la convulsión en su interior y no faltaron tampoco los estudiantes muertos o apaleados mientras participaban en actos reivindicativos.

El papel histórico asignado al movimiento estudiantil español de la segunda mitad del siglo XX estaba cumplido: había sido el más insistente en su contestación a la dictadura, de él salieron buena parte de los cuadros políticos que engordaron las listas de los mismos, con preparación política extraparlamentaria y clara voluntad superar el pasado, incluso haciendo olvido de él. La radicalidad que caracterizaba al dicho movimiento cuando de lo que se precisaba era moderación, lo dejó pronto fuera del juego real.¹ Después de 1978 se fue diluyendo gran parte de su potencial socio-político como azucarillo en agua, retornando sus conflictos y huelgas al marco puramente académico.

Bibliografía

Álvarez Cobelas, J. 2004, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI.

Carrillo-Linares, A. 2003, «Sesentayochistas domésticos: La VI Reunión Coordinadora y Preparatoria del Congreso Nacional de Estudiantes (Sevilla, 27 de febrero-2 de marzo de 1968)», *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, Cajasur, t. IV (Andalucía Contemporánea), pp. 335-351.

Carrillo-Linares, A. 2006, «Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, Universidad de Alicante, nº 5, pp. 149-170.

Carrillo-Linares, A. 2008, *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces.

¹ Algunas reflexiones sobre todo esto en Carrillo-Linares, A. 2006, pp. 149-170, y también en Carrillo-Linares, A. 2011.

- Carrillo-Linares, A. 2011. «¿Y nosotros, qué? El movimiento estudiantil durante la transición política española», en *Historia de la transición en España. Sociedad y movimientos sociales*, ed. Quirosa-Cheyrouze, R., Madrid, Biblioteca Nueva.
- Hernández Sandoica, E.; Ruiz Carnicer, M. A.; Baldó Lacomba, M. 2007, *Estudiantes contra Franco (1939-1975), Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros.
- Rodríguez Tejada, S. 2009, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, Valencia, PUV.
- Valdelvira González, G. 2006, *La oposición estudiantil al franquismo*, Madrid, Síntesis.